

El arte de la minucia

Guillermo Vega Zaragoza

Dicen que Buffon dijo “el estilo es el hombre”, y mientras disfrutaba la lectura de *Notas de desencanto y otras virtudes* de Miguelángel Díaz Monges (México, 1965), pensé que habría que ajustar la máxima a “el estilo es el ensayista”, pero entonces habría que definir primero qué es el estilo y luego qué es el ensayo y luego si estos treinta y siete textos son ensayos, crónicas, cuentos, memorias, diatribas o qué diablos.

Pero luego pensé que nada de eso era importante, que lo conducente era dejarse sorprender por la pluma de Díaz Monges, un observador incisivo y un prosista clásico que maneja el lenguaje a su antojo, lo hace como quiere, lo seduce, lo cachondea, lo madrea, lo apapacha, todo eso con el avieso objetivo de sorprender y zarandear al lector, sin consecuentarlo ni darle por su lado, sino increparlo, incomodarlo, recetarle un par de bofetones en cada uno de los textos que conforman este volumen misceláneo, que según uno se ha enterado, llevó más de veinte años en conformarse como libro, que casi todos los escritos anduvieran por ahí desperdigados en la infinidad de diarios, revistas y suplementos en los que Díaz Monges ha colaborado a lo largo de su ya amplia carrera escritural, desde los tiempos de aquel ya mítico suplemento *sábado de unomásuno* que dirigía Huberto Batis (saludos, maestro), con la columna llamada “En el Retrete del Mosto”, donde no dejaba títere con cabeza para cebarse en todo espécimen de la fauna literaria de entonces (y que sigue ahora, no se vaya a pensar que se ha extinguido).

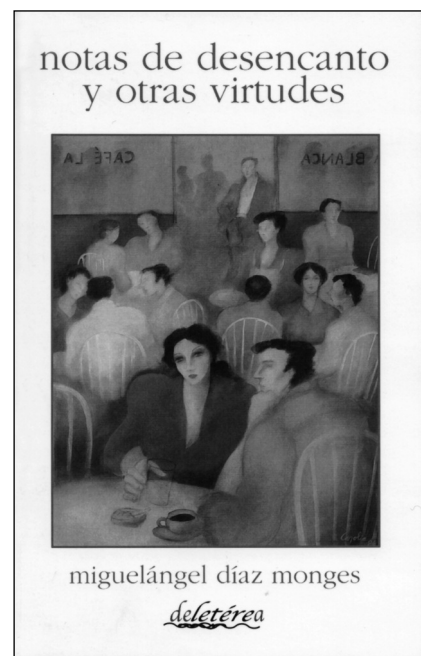
Pues algo así se encuentra uno en muchos de los textos de este libro que, ya se dijo, es una caja de sorpresas, donde el estilo es el cronista y el cronista se vuelve autor y personaje, que se disfraza primero de

asiduo parroquiano de café (que no “cliente”, éstos son los que ahora apuran brebajes inmundos en los Starbucks) que se obsesiona con todo y con nada (“La gente no entiende las pequeñas manías de uno”, se lamenta en alguna ocasión), para luego pasar como si maldita la cosa a recetarle a uno ensayos literarios tan espléndidos como “Melville y Kafka; Bartleby y su jefe”, donde desmenuza las similitudes del antihéroe melvilleano y los personajes del praguense.

O darle una zarandeada a la “generación que no” en “Epítome del desencanto”, sí, ésta a la que pertenecemos los que rondamos hoy entre los cuarenta y cincuenta años, que queríamos cambiar el mundo, creíamos en las utopías que nos heredaron nuestros padres, y terminamos por dejárselo peor a la generación de jóvenes de hoy que salen a las calles e inundan las redes sociales con su esperanzado entusiasmo en que ellos sí podrán cambiar algo.

O asombrarnos con breves textos de extraordinaria belleza y sensibilidad, como “Tan sencillo”, donde revela su talante de poeta, aunque él mismo no se asuma como tal: “Porque la silueta del pez se parece a la cadera de mi amada... porque en la superficie del agua estancada en la fuente juegan damas chinas las hojas caídas de los árboles...”.

O miniensayos reflexivos que uno deja tasajeados de tanto subrayarlos porque cada frase es un aforismo que vale la pena ser *twitteado*, como se dice ahora, o *posteado* en el muro del Facebook: “La democracia es la sumatoria de las fuerzas de la incapacidad para mandarse solo. Nadie se manda a sí mismo: los idiotas porque no saben dar órdenes y los soberbios porque no aceptamos órdenes”.



O esas cápsulas memoriosas en las que recuerda al ogro en su laberinto de periódico que es Huberto Batis (saludos otra vez, maestro), generoso y genial director del mejor suplemento cultural de la segunda mitad del siglo XX mexicano, las andanzas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, las mujeres bellas que nunca fueron y los amigos que decepcionaron, la inclemente crítica de todos y de sí mismo (porque aquel crítico de sus pares que no empieza por sí mismo es un farsante y merece ser lapidado sin clemencia).

En fin, que todo eso y más se encuentra uno como lector de este libro único e inclasificable, como aquellos que disfrutaba armar Julio Cortázar: fragmentario, juguetón, libérrimo, que sin embargo conserva una unidad, una cohesión, basada precisamente en la calidad de la pluma, en la tersura de la prosa, en la inteligencia del autor, en el hombre, pues, que es el estilo, ¿o cómo era que dicen que decía Buffon? **U**

Miguelángel Díaz Monges, *Notas de desencanto y otras virtudes*, Fundación Cultural Samperio/Deletérea, México, 2011, 202 pp.